

EL ALUCINANTE MUNDO DE NORMAN



PARANORMAN

ELIZABETH CODY KIMMEL
ILUSTRADO POR ROSS STEWART



Entonces la bruja de Blithe Hollow
lanzó una maldición sobre
el juez y el jurado.

Prólogo

«**H**as sido acusada de practicar artes oscuras: brujería y hechicería. Has incurrido en un grave delito al obrar malévola y diabólicamente contra tus conciudadanos. Testigo de ello son estas buenas gentes que se han reunido hoy aquí para dar testimonio. ¿Tienes algo que decirle al tribunal? ¿Estás dispuesta a reconocer tus obras y a arrepentirte?»

»Muy bien, queridos vecinos de Blithe Hollow. Vosotros sois testigos de que se niega a confesar y a arrepentirse. No manchéis vuestros corazones y recordad que ha renunciado a esta última oportunidad de redimir su alma confesándose. Has sido declarada culpable de todos los terribles delitos de los que te han acusado: así lo ha decidido el jurado formado por seis ciudadanos a quienes el Rey Jaime ha otorgado plenos poderes. Tu castigo es la muerte... No, bruja, es demasiado tarde para hablar. ¡Silencio, bruja! Estimados jurados y vecinos, no temáis. No hay maldición. ¡No hay maldición!»



«Veamos. Según esto eres un sapo común.
Tu nombre científico en latín es *Bufo bufo*».

Capítulo uno

El día que nació Norman Babcock sucedieron *cosas extrañas*. Norman oyó a su madre contar algunas de las historias que habían tenido lugar el día de su nacimiento: cómo las luces de la sala de maternidad se fundieron en el preciso instante en que el médico anunció «¡Es un chico!». Cómo los perros de la ciudad se unieron en un singular coro de aullidos. Cómo dos hombres que acababan de terminar su turno en Witchy Weiner vieron un arcoíris en el cielo; no sonaría tan raro si no fuera porque era la una de la madrugada y el arcoíris tenía forma de signo de interrogación... Bueno, al menos eso es lo que dicen. (De todas formas, bien podría deberse a una indigestión).

Así que, cuando el sapo que flotaba en un tarro lleno de líquido apestoso que lo mantenía en perfecto estado

saludó a Norman en medio de la clase de biología de séptimo del señor Feynman, el niño no se sorprendió. En absoluto. Su habilidad para comunicarse con los muertos no se limitaba a los humanos: los espíritus de animales también tenían mucho que decir, a su manera.

Norman le devolvió el saludo al sapo, que parecía alegrarse de que alguien lo tuviera en cuenta. Daba la impresión de que estaba obsequiándole con una sonrisa toda encías; en realidad, el anfibio había visto a alguien al fondo del aula. Su cara palideció todo lo que puede palidecer un sapo muerto.

Norman sabía quién estaba sentado al fondo de la clase cerca del terrario de la araña, de la rueda del hámster (solitaria desde que el animal desapareció el martes pasado) y el cerdo rosado que habían cortado por la mitad para que los curiosos pudieran ver los interiores de su sistema digestivo.

—Sí, ese es Alvin —dijo Norman al sapo—. Le gusta exhibirse. Debes pensar en él como en un símbolo del niño cromañón. Sin ánimo de ofender a los trogloditas.

El sapo parpadeó con sus ojos protuberantes y no hizo ningún gesto dando a entender que aceptaba sin reservas la descripción.

—Es triste, pero cierto —añadió Norman pasándose la mano por la pelambreira castaña que despuntaba como queriendo escapar.

El sapo croó bajito, igual que si tratara de susurrar un secreto, así que Norman se inclinó hasta casi pegar con la nariz contra el cristal.

El sapo observó a Norman de arriba a abajo, luego se miró a sí mismo. Después sacó la lengua para señalar la puerta del aula.

—¿Quieres ir a otra aula? —preguntó Norman.

El sapo negó con la cabeza.

De repente se oyó una carcajada procedente del fondo de la clase.

—¡Imposible! —la voz parecía salir de una canción mala o una producción aún peor de *Los acosadores de Blithe Hollow*.

—En serio, tíos. Norman está *hablando* con una rana. ¡Alvin cree que eso no es normal!

Norman suspiró y se preparó para un clásico *ataque Alvin*. El señor Feynman tenía fama de desaparecer en el aseo de profesores para leer el periódico mientras sus alumnos anotaban sus «observaciones científicas», así que Norman sabía que no recibiría ayuda de su parte.

—¿Qué te dice la rana, Norman? —cantó Alvin—. ¿Quiere ser tu mejor amiga para siempre?

El sapo suspiró, miró a Norman irritado y señaló una etiqueta que, amarilla por el tiempo, estaba a punto de caerse del tarro.

—No eres una rana, eres un sapo —señaló Norman—. Debes de estar harto de que la gente se confunda. Veamos. Según esto eres un sapo común. Tu nombre científico en latín es *Bufo bufo*.

La criatura asintió visiblemente orgullosa.

Alvin soltó una de sus risotadas patentadas, Risa Hiena de Alvin, de las que Norman estaba convencido que eran motivo de algunos pantalones mojados.

—Chicos, ¿lo habéis oído? Norman le ha puesto nombre a su nuevo amigo: Buufo, Buufo. ¡Ya está, creo que Normie se ha vuelto bufo, bufo! ¡Llamad a los tipos de las batas blancas!

—*Bufo bufo* es el sapo común de la familia de los sapos verdaderos, los bufónidos —afirmó una voz aguda y cursi justo detrás de Norman.

La expresión del sapo se iluminó. El animal intentó flotar hacia la derecha para ver quién acababa de hablar.

—Esa es Salma —le explicó Norman, apoyó la cabeza en las manos y esperó a que a Alvin le cayera algo encima, un rayo o un grupo de monos alados, cualquier cosa que lo callara de forma inesperada—. Es una cerebrita.

—Son de color marrón o verde, carecen de dientes y a veces tienen un aspecto verrugoso —continuó Salma.

Eso pareció avergonzar al sapo que se pasó uno de los pies membranosos por la cabeza con la aparente intención de comprobar si le habían salido verrugas nuevas.

—¿Qué le pasa a tu *Bufo bufo*? —Salma le preguntó a Norman.

—No lo sé —contestó él—. Quiero decir, está muerto y en un tarro, ¿qué iba a pasarle?

El sapo subió las ancas intentando levantar la tapa del tarro.

—Quieres salir de ahí —observó Norman. El sapo asintió.

—Pero estás... mmm... muerto y eso —señaló Norman estremando su amabilidad.

El sapo cruzó los pies debajo de la barbilla y cerró los ojos.

—Oh. Ahora lo entiendo —dijo Norman. Y era cierto. Lo entendía perfectamente.

—¿Qué? —quiso saber Salma.

—Quiere una tumba digna —respondió Norman. El sapo abrió los ojos y croó entusiasmado.

—Ya lo pilló. Quieres descansar en paz.

Norman sintió que alguien le tocaba el brazo. Se giró hacia el dedo rollizo unido al brazo rechoncho que pertenecía a una redondez llamada Neil Downe.

—Norman, vamos —susurró Neil—. No des el cante. Deja de hablar con tu proyecto de biología. Le estás

dando a Alvin mucho material para reírse, ¡te hará la vida imposible durante días!

Era el colmo que precisamente Neil Downe le aconsejara a alguien que no diera el cante. Neil era el niño más rechoncho del colegio, tenía el pelo más rojo y encrespado que nadie y la voz más chillona de todas. Además, llevaba una fiambarrera de gatitos. Y eso solo era el principio. Neil era siempre amable con Norman, pero no lo entendía: Norman no necesitaba amigos.

—Lo que tú digas —dijo Norman. Se dio la vuelta y recolocó el tarro para que Neil no pudiera verlo.

—Dame un minuto o dos, necesitamos un plan —le pidió al sapo.

—Oh, esperad... Norman solo juega con cosas muertas —se oyó balar a Alvin—. ¡Debe de estar hablando con el espíritu de una rana! ¡Ja, eso es! ¡Es un susurrador de ranas!

El último comentario hizo que el propio Alvin se desternillara de risa. Al reír producía un asqueroso sonido sibilante: parecía tener la boca llena como si hubiera olvidado tragar. La baba estaba a punto de caérsele.

—¿Te importa? —Salma fue cortante con Alvin—. Algunos de nosotros pretendemos elaborar un diagrama de Venn para clasificar nuestros organismos taxonómicamente.

—Ya, no me digas —resopló Alvin—. ¡El origami de Salma tiene *clase*!

El sapo frunció el ceño. Al contemplar su cabeza verrugosa Norman tuvo una idea. Se dio la vuelta y miró a Alvin.

—Esa cosa que tienes en el dedo es una verruga y nunca, hagas lo que hagas, se quitará —exclamó.

Alvin se quedó boquiabierto. Estiró el dedo delante de la cara y lo observó con los ojos entrecerrados y las cejas arrugadas de concentración. Parecía un gorila de montaña tratando de comprender una consola de videojuegos, con la diferencia de que Alvin era menos inteligente.

Norman suspiró aliviado, satisfecho por haberle distraído y, se giró de nuevo hacia el tarro. El espíritu del sapo flotaba levemente por encima de su cuerpo, que se balanceaba arriba y abajo en el mejunje apestoso. Norman veía una imagen borrosa de su rostro reflejado en el cristal; sus ojos azul mar tenían un extraño aspecto incorpóreo.

Neil Downe tenía razón en una cosa. Al hablar con el sapo muerto en clase de biología Norman le había dado a Alvin munición suficiente para meterse con él. Probablemente robar el sapo lo empeoraría todo. En los próximos días, quizá incluso durante toda la semana siguiente, las clases de educación física y el almuerzo se convertirían en una pesadilla.

Pero eso era lo que hacía Norman. Había visto y escuchado fantasmas desde que era capaz de recordar y

hablaba con ellos desde hacía un año más o menos coincidiendo con la muerte de su abuela. El sapo muerto no era el único espíritu que le había pedido un favor. Blithe Hollow estaba completamente abarrotado de fantasmas, personas y animales, que competían por la atención de Norman. Él hablaba con todos dondequiera que se topara con ellos: de camino a casa después del colegio, en el patio o en Witchy Weiner. Le daba igual que eso lo convirtiera en un marginado. Además, Norman nunca había deseado integrarse. En su opinión, la mayoría de los vivos estaban muy sobrevalorados.

—Vale —le dijo al sapo—. Creo que tengo un plan para salir de aquí.

El sapo estaba dibujando círculos de satisfacción cuando el señor Feynman entró en clase. En ese mismo instante el hámster desaparecido salió escopetado por detrás de un polvoriento expositor titulado LA ALEGRÍA DE LOS INVERTEBRADOS y empezó a correr de un lado a otro del aula.

—¡Un ratón! —gritó alguien.

—¡Una rata! —exclamó otra persona.

Y Neil Downe chilló:

—¡Tiene la rabia!

Fue entonces cuando Alvin comenzó a berrear como una niña, Salma se tapó los oídos con las manos y la alarma de fuegos se disparó.

Con tanto revuelo nadie se percató de que Norman había guardado los libros en la mochila y había salido de clase con el tarro del sapo bajo el brazo. Era posible que el vigilante del vestíbulo lo amonestara o que el de la cafetería anotara que se había retrasado, pero a Norman le daba igual. Se escurrió por una puerta lateral cerca del patio y se encaminó hacia una zona pantanosa detrás de los columpios. Ya se preocuparía después de Alvin y de las posibles broncas.

Ahora debía ocuparse de un eterno descanso.